

## SERAFÍN MORALEJO EL LEGADO DE UN SABIO

EL INTELLECTUAL COMPOSTELANO, CATEDRÁTICO EN HARVARD Y PROFESOR MAGISTRAL DE CENTENARES DE ESTUDIANTES, DEJA UN CORPUS DE VALOR INESTIMABLE PARA LA HISTORIOGRAFÍA DEL ARTE MEDIEVAL



Serafín Moralejo, celebrando su licenciatura delante de las escaleras del campus de Santiago en 1968

# SERAFÍN MORALEJO: LA POÉTICA DEL HUMANISMO

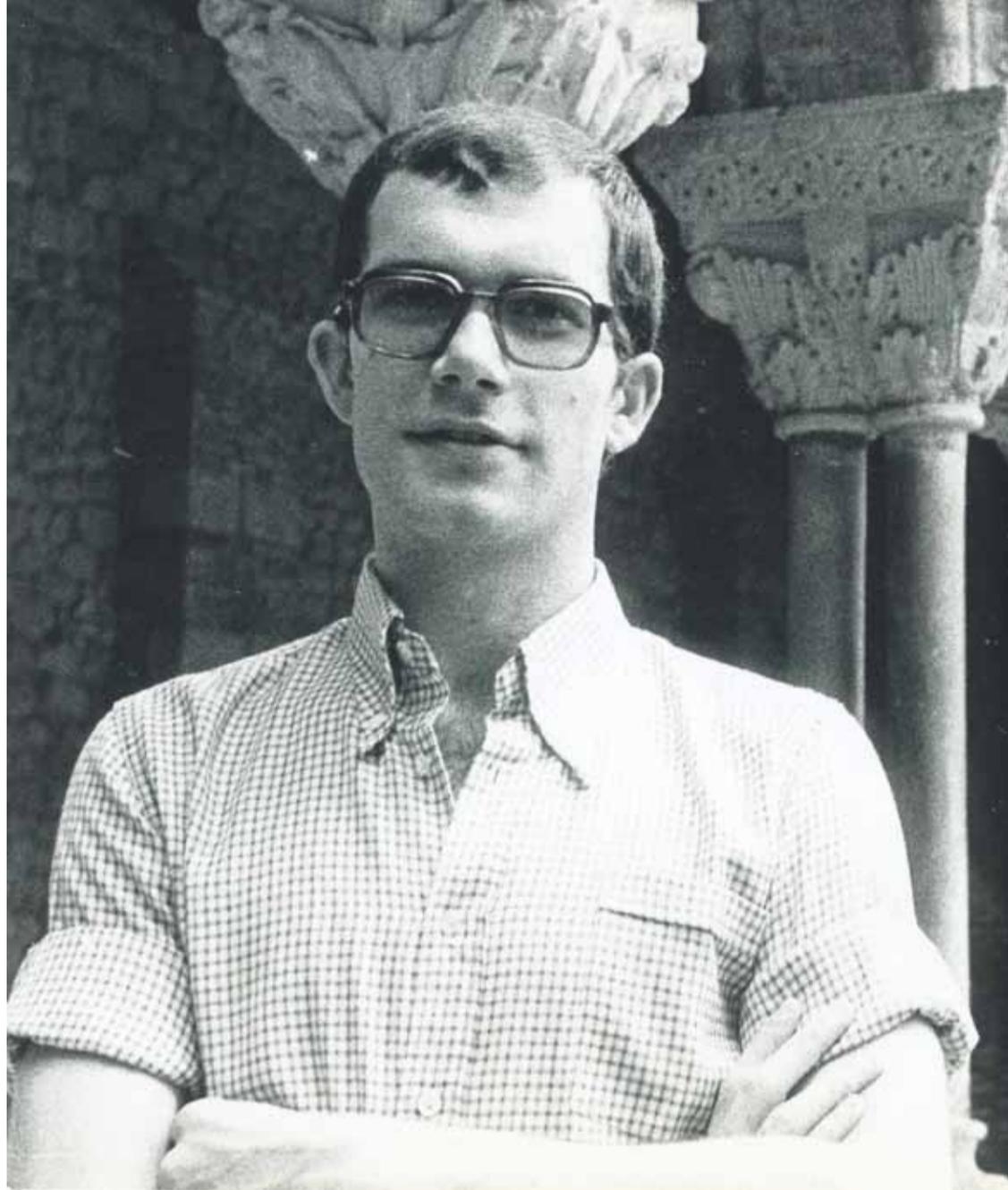
**Francisco Prado-Vilar**  
Profesor de Historia del Arte  
de la Universidad  
Complutense de Madrid

*A partir de aquí mi visión fue mayor de lo que alcanza a mostrar el lenguaje, que cede ante tal contemplación, y ante tanta grandeza falla incluso la memoria. Como quien soñando ve y, tras el sueño, queda la emoción impresa pero la mente no retiene el resto, así estaba yo, pues, aunque mi visión casi se desvanece por completo, todavía impregna mi corazón la dulzura que nació de ella. Así al sol la nieve se desliga, así al viento, en ligeras hojas, se pierde la profecía de Sibila.*  
**Paraíso XXXIII, 55-66**

Durante el otoño de mi tercer año de doctorado en Harvard solíamos cenar juntos una vez a la semana. El brillante profesor cuyas clases me habían cautivado en Santiago, impulsándome a seguir su estela hasta la universidad norteamericana, se había convertido poco a poco en una figura cercana y paternal. En medio de conversaciones mundanas, sonrisas y silencios cómplices, trataba siempre de buscar su aprobación y provocar, con un comentario afortunado, un destello de orgullo en su mirada. En una ocasión, le hablé de mis lecturas en torno a las limitaciones del lenguaje para transmitir experiencias visuales, diciéndole que me había conmovido un pasaje de la *Divina comedia* donde Dante expresa sus dificultades para describir su visión final. Me resultaba paradójico que el último canto del paraíso, donde culmina triunfalmente el viaje del peregrino con la consecución de la visión celestial, estuviese impregnado de una cierta tristeza —una tristeza que emanaba de su comprensión de que ni siquiera su memoria alcanzaba a registrar la magnificencia de lo que había visto—. Lentamente, como trazos dibujados en la nieve derretida por el sol, o como las profecías de

sibila escritas sobre hojas de roble diseminadas por el viento, los detalles de esa visión se desvanecían.

En los años transcurridos desde que la memoria de Serafín empezó a mostrarse insuficiente para contener la grandeza de su pensamiento, he vuelto a revivir ocasionalmente aquella conversación en mi mente. Al igual que Dante en el paraíso, Serafín alcanzó el cénit de su trayectoria profesional en Harvard y fue también allí, justo cuando se preparaba para ofrecernos la visión global de ese universo de ideas magistrales que nos había ido regalando a lo largo de su carrera, donde cedió su memoria. La extraordinaria calidad de los cursos impartidos en su breve, pero intensa, etapa norteamericana lo hacen digno heredero de un linaje de intelectuales que han marcado época en la evolución de la disciplina como A. Kingsley Porter y Meyer Schapiro. Un mero repaso a sus títulos da idea de esa poética de la cultura que Serafín tejía con su mente concatenando alusiones que solo un humanista de su categoría podía realizar. Tituló un curso sobre cosmología y cartografía medievales *The Worlds We Were (Los mundos que hemos sido)* haciendo un juego de palabras con el título de la película protagonizada por Redford y Streissand *The Way We Were (Tal como éramos)*. Otro curso memorable en torno al amor, la muerte y la búsqueda de la trascendencia, centrado en su magistral análisis de las tumbas de Inés de Castro y Pedro I en Alcobaça, llevaba el título de *A Walk With Madness, Love And Death (Un paseo por la locura, el amor y la muerte)*, en referencia a una película de John Huston. *Forgotten Voices (Voces olvidadas)* era el título, conmovedor a la luz de lo que habría de suceder, de otro seminario donde desgranaba los ciclos de temática secular en las artes figurativas. La portada del programa de este curso contie-



## SANTIAGO, 1946-2011

### EL INTELLECTUAL

Serafín Moralejo Álvarez fue catedrático de Historia del Arte Antiguo y Medieval en Santiago (1979), y desde los primeros 90, catedrático en Harvard. Autor de teorías esenciales para la historiografía del arte medieval (la relación del pórtico de la Gloria con el drama litúrgico «Ordo prophetarum», entre otras) y uno de los mayores especialistas en escultura románica del mundo, el magistral profesor abandonó la docencia tras ser diagnosticado de alzhéimer en 1998. Murió el 11 de agosto en Santiago.

### LA OBRA

Escribió decenas de artículos. La Xunta editó dos volúmenes con 54 textos suyos, pero su distribución acabó descuidada.

ne toda la belleza trágica de sus últimos años de docencia. Como si de una firma se tratase, Serafín escribió el título a mano con caligrafía ornamental acompañado de uno de los elocuentes dibujos con los que hacía inteligibles sus observaciones formales: la imagen del guerrero dormido en una barca que flota sobre aguas turbulentas esculpido en una de las columnas marmóreas procedentes de la desaparecida Porta Francigena de la catedral de Santiago (actual Azabachería).

Serafín no hacía concesiones a la mediocridad ni a la auto-complacencia, y cultivaba, con enorme generosidad, el talento y el esfuerzo. En un mundo en el que prosperan carreras académicas publicando libros que merecen ese nombre solo por el modo en que están encuadrados, Serafín nos ha dejado un corpus de artículos a los que un día habrá que dar el formato editorial que merecen por ser hitos claves de la historiografía moderna. Destaca la serie de estudios sobre la escultura románica en los que, partiendo de su descubrimiento seminal en el que demostró que la composición de un capitel de la iglesia de San Martín de Frómista estaba inspirada en la tragedia de Orestes esculpida en un sarcófago romano que se encontraba en una localidad cercana, Serafín

delineó los contornos de uno de los casos de «supervivencia de la Antigüedad» más fascinantes y complejos de la historia del arte. La dialéctica entre su pensamiento sobre el trasfondo clásico de la cultura medieval y el de uno de los fundadores de la disciplina, Aby Warburg, cuyo reciente redescubrimiento está generando algunas de las líneas de investigación más importantes en el ámbito de las humanidades, dará mucho que hablar en los próximos años y situará su figura en el centro de los debates internacionales.

### EL PÓRTICO

En aquella conversación, Serafín profundizó sobre el tema de la supervivencia al comentarme que la sibila a la que se refiere Dante es la sibila cumana descrita por Virgilio en el libro sexto de la *Eneida*, donde sirve de guía a Eneas en su descenso al inframundo para encontrarse con la sombra de su padre, quien habrá de mostrarle la senda de su destino. Dante asignó la misma función al propio Virgilio en la *Divina comedia*, transformándolo en el tutor que lo guía a través del infierno y del purgatorio para revelar el significado profundo de las imágenes y voces que salen a su encuentro. Continuó el profesor recordándome que tanto la sibila como Virgi-



«El pie de Butragueño podía con mover a Serafín casi tanto como el escorzo de la cerámica ática del siglo V a.C. que Gombrich celebra como inaugural en el arte europeo»

«Su obra nos recuerda lo que debemos llegar a ser y, a la vez, nos marca la senda para descubrir la belleza de esos paraísos de la cultura que podemos llegar a ver»

lio fueron adoptados por la cultura cristiana medieval, al ser considerados sabios que habían vislumbrado la llegada del Mesías desde las sombras del paganismo, siendo incorporados así a dramas litúrgicos como el *Ordo prophetarum*, representados en obras monumentales como el pórtico de la Gloria.

Mis evocaciones de nuestro diálogo en aquel día de otoño en Harvard se intercalan con recuerdos de las clases en las que Serafín hacía referencia a una figura retórica que Virgilio cultivó con maestría y que a él le fascinaba, la *ekphrasis*, o descripción de una obra de arte en literatura. En cierta medida, todo historiador del arte es un autor de *ekphraseis*, ya que lucha con los límites del lenguaje para transmitir en toda su complejidad los significados de la imagen. Si la estatua de Virgilio del pórtico de la Gloria, sosteniendo una palma de triunfo que se transfigura en una pluma para escribir, se erige en el prototipo de todos aquellos que, a lo largo de los siglos, han iluminado con sus palabras la obra de Mateo, su más brillante encarnación reciente ha sido Serafín. En cada



**LOS DIBUJOS.** Serafín Moralejo (arriba, en un viaje a Moissac en 1973) fue un excelente miniaturista. Sobre estas líneas, colaje con un relieve de Silos saliendo de una lata de sardinas y portada del último seminario que impartió en Harvard

uno de sus escritos se registra la memoria imperecedera de una mirada inteligente, precisa y poética, impregnada de la sabiduría que se deriva de un conocimiento amplio y profundo del corpus literario y artístico occidental. Por su honestidad, rigor y clarividencia, su obra nos recuerda lo que debemos llegar a ser, marcándonos, a la vez, la senda para descubrir la belleza de esos paraísos de la cultura que podemos llegar a ver.

CULTURAS

2-3

SÁBADO,  
17 DE SEPTIEMBRE  
DEL 2011  
LA VOZ DE GALICIA

ENPORTADA

## Suspense en Dibujo

Juan José Moralejo

De la calidad personal de Serafín y de la de su trabajo intelectual voy a permitirte una nota que, si les suena partidista e inmodesta, es porque realmente lo es y hoy no tiene que pedir excusas: hace unos años hice amistad con un historiador que ya había conocido a mi padre y tenía trato habitual con Serafín. Al envío de un par de trabajos míos respondió con otros suyos y la dedicatoria «A Juan José Moralejo: en el apellido va el elogio».

Muerto mi padre, Abelardo Moralejo, víctima en cierto modo del vigor físico y mental de sus 85 años, Serafín fue para todos los hermanos el cabeza de familia indiscutido en calidad intelectual, y con su enfermedad perdimos un auténtico diluvio de disfrute y de información, sobre todo en las conversaciones de terraza en los veraneos familiares en Cortegada de Miño..., porque hablar con él del Miño es estar cabalmente en familia, es hablar de asuntos estrictamente personales, porque el Miño es mío, es nuestro, desde los buenos años en que el dormitorio infantil colectivo de Santiago era sede, en las últimas noches de julio, de un impaciente curso de verano de muy sesudas disertaciones con el tema monográfico *Lo primero que vamos a hacer al llegar a Cortegada*. Serafín, por ejemplo, hacía un guiñol que apapanaba a críos y mayores. Permítanme que siga esta línea de dejar de lado la tristeza que le sobra sin remedio a la ocasión y me refugie en algunos recuerdos amables de Serafín, para cuyo nombre teníamos, muy por encima de la apariencia de que se debiera a su tío y padrino Serafín Moralejo, la ciencia etimológica de nuestro padre, haciéndonos ver que Serafín debe su nombre a que iba ser el último de los hermanos: ¡Será fin!

Serafín fue siempre hombre tranquilo, de lectura intensa y extensa, de excelentes capacidades y aficiones para la pintura y, sobre todo, para el dibujo, en el que llegó a ser un consumado miniaturista medieval. De su pericia nos queda repetida muestra en los dibujos de tímpanos, columnas, capiteles, beatos, etcétera con que suplió o explicitó en sus trabajos las fotografías del arte que estudiaba. Hoy es el día para hacer memoria respetuosa

y agradecida del profesor que lo condecoró con el único suspenso que tuvo su bachillerato, en Dibujo, un suspenso que libera a Serafín de toda sospecha de haberse resignado a fusilar los floreros, los ciervos y los paralelepípedos con que los de a pie sudábamos el beneplácito académico.

Serafín estudiante dejó hecha una intensísima labor de teatro, de cineclub y de otras actividades culturales en aquellos años en que el despertar universitario era un imperativo biológico que anunciaba otros imperativos inmediatos y también biológicos. En sus dedicaciones y capacidades tuvo papel importante la música, y fue un competente guitarrista —y les hablo de



### VIAJE A PORTUGAL.

Serafín, ya enfermo de alzhéimer, y Juan José Moralejo en una excursión a Vilanova de Cerveira el 6 de diciembre de 1999. «Arte, paisaje y 'bacalhau' eran sus pasiones en aquella tierra», recuerda su hermano

piezas de Bach, Sor, Gaspar Sanz, Albéniz, etcétera—, además de un entusiasta y asiduo intérprete de los nombres de la canción que fueron afición y protesta en los años 60: Serrat, Joan Baez, Bob Dylan, Simón y Garfunkel... no tenían secretos para él y acabaron no teniéndolos tampoco para mi madre: recuerdo, en un regreso mío de Madrid en vacaciones, estar de conversación con ella, anunciarse Serafín en la puerta y decirme mi madre: «¡Ahí viene el de Mistress Robinson y lailalá lailalalá!».

En fin, hay mil recuerdos y vivencias

por desgranar y podríamos incluso recordar que un buen escorzo del pie de Butragueño marcando gol para el Real Madrid podía con mover a Serafín casi tanto como el escorzo del pie que en una cerámica ática del s. V antes de Cristo Gombrich celebra como inaugural en el arte europeo.

Hoy saludamos y agradecemos los dos primeros tomos de *Patrimonio artístico de Galicia y otros estudios*, que recogen 54 títulos en los que Serafín dio lección en todos los niveles, desde la divulgación para niños al más especializado círculo académico, y con el altísimo crédito internacional que se asegura y se potencia con que sea accesible a todos lo que estaba disperso y de no siempre de fácil alcance en el circuito académico...

*Extracto de la intervención, en nombre de la familia, del catedrático Juan José Moralejo en el homenaje que la Concellería de Cultura rindió a su hermano Serafín el 27 de mayo del 2004 en Santiago.*